



Diversidad cultural, exclusión social y juventud en América Latina¹

José Manuel Valenzuela Arce

¹ El presente texto ha sido elaborado a partir de publicaciones anteriores del autor: "Introducción" del libro *Los Estudios Culturales en México* (2003); *El Color de las Sombras. Chicanos, Identidad y Racismo* (1997); e "Imaginario y políticas culturales en América Latina" (2010).

La dimensión cultural cobra centralidad en las ciencias sociales como uno de los ejes principales en la apuesta para construir nuevos proyectos sociales y nuevos proyectos civilizatorios. Los acercamientos para comprender los procesos intersubjetivos y simbólicos cobran fuerza como elementos que posibilitan una mejor comprensión de la acción social, la conducta humana, los procesos identitarios o la emergencia de nuevos actores sociales, así como en la definición de proyectos de desarrollo humano que vayan más allá de la lógica de la posesión material como criterio del éxito o de las perspectivas que naturalizan la desigualdad.

Los principales paradigmas teóricos presentan importantes limitaciones para interpretar los entramados socioculturales que vivimos a pesar de sus aciertos, como el multiculturalismo que cuestiona la pretendida condición de homogeneidad y de superioridad de las culturas dominantes identificando la semantización de las fronteras culturales y la definición de umbrales a partir de los cuales se construyen la diferencia y la diversidad. Para ello, analiza los procesos de estructuración de las identidades colectivas, especialmente en lo referente a la conformación de umbrales de adscripción y diferencia desde un replanteamiento de la condición de las minorías dentro de las sociedades y las culturas nacionales, además que enfatiza la disputa cultural dentro del análisis de la acción social, incorporando de manera abigarrada la condición cultural de los procesos sociopolíticos y la condición sociopolítica de los procesos culturales.

Las perspectivas multiculturalistas cuestionan la lógica desde la cual se conforman los metarrelatos dominantes como el racismo o el sexismo, el adultocentrismo o el etnocentrismo. Desde esta posición, se enfatiza la condición multicultural de nuestras sociedades y se cuestiona la lógica que valida al monoculturalismo dominante. Desde la perspectiva multiculturalista, el eje central de la disputa social y cultural es la lucha por el reconocimiento y, de manera conjunta al cuestionamiento de los discursos monoculturales, se critican sus supuestos "valores universales" (Taylor, 1998).

El cuestionamiento de las perspectivas multiculturalistas no se circunscribe al análisis de los elementos desde los cuales se constituyen los umbrales de identificación y diferencia, sino que incorpora la crítica a las perspectivas homogeneizantes. Planteado desde esta lógica, los posicionamientos multiculturalistas devienen perspectivas críticas frente al orden social dominante. Las sociedades son campos de disputa por las representaciones y los significados, por ello, el multiculturalismo participa en esa lucha a partir del cuestionamiento de las formas de dominación que se reproducen en los discursos dominantes, y la lucha por el reconocimiento es un elemento importante de los movimientos y políticas del multiculturalismo.

El multiculturalismo crítico, cuestiona a las relaciones de poder, asumiendo que la historia cultural misma es una historia de poder y que el análisis de las identidades requiere comprender la construcción social de las diferencias (MacLaren, 1998). El multiculturalismo busca la deconstrucción de los centros de poder colonial y la destrucción de los discursos racistas y excluyentes, enfatizando que los enemigos de la conformación de sociedades más justas y democráticas, no son las diferencias culturales, sino las desigualdades sociales.

A pesar de los elementos destacados, las perspectivas multiculturalistas, prestan escasa atención a las condiciones estructurantes de las relaciones sociales y una débil incorporación de anclajes sociales, además de que poseen una perspectiva autorreferida, por lo tanto, la debilidad principal de estas perspectivas se encuentra en su desatención de la desigualdad social, la cual, en los contextos latinoamericanos se ha reproducido de manera simbiótica con la desigualdad cultural.

Desde las perspectivas postcoloniales, se considera a los fenómenos culturales no únicamente como el proceso que inicia con la independencia de los países colonizados, sino que éstos designan a la totalidad de prácticas que han caracterizado a las sociedades del mundo postcolonial, desde el momento de colonización (Ashcroft, Griffiths y Tiffin, 1995). Para los postcolonialistas, el colonialismo



no termina con el acto de independencia política de los países colonizados, pues en muchos de estos países, prevalecen relaciones neocoloniales.

La tesis que guía el trabajo postcolonialista es que la investigación humanística debe establecer la naturaleza de la relación entre conocimiento y política o cuestiones políticas y culturales en los contextos específicos de su estudio, de sus temas y de su circunstancia histórica, entendiendo que en el discurso cultural y en el intercambio dentro de una cultura, lo que comúnmente circula no son “las verdades” sino sus representaciones.

Construir un diálogo crítico entre las representaciones externas sobre nuestras realidades y nuestras propias representaciones es aún una asignatura pendiente. Por ello, es importante sistematizar esas representaciones y conocer cómo se están formando los conocimientos y los imaginarios de nuestras realidades, además de avanzar en el entendimiento de cómo producimos el conocimiento sobre lo que somos y sobre las formas cómo nos representamos.

La historia intelectual de la teoría postcolonial se encuentra marcada por la dialéctica entre marxismo y postestructuralismo y, por otro lado, por el postmodernismo. Desde este campo interpretativo se enfatizan los debates sobre nacionalismo e internacionalismo; esencialismo estratégico e hibridación, solidaridad y dispersión, las políticas de estructura/totalidad y las políticas de lo particular y lo fragmentario. Además, desde las teorías postcoloniales se reconoce la importancia analítica y social de las relaciones entre raza y clase (Gandhi, 1998).

Desde la publicación de “Can the subaltern speak?” de Gayatri Spivac (1988), considerado uno de los textos fundamentales de los estudios postcoloniales, éstos enfatizaron las condiciones que reproducen relaciones de dominación/subalternidad abrevando en la impronta gramsciana. Con el impulso de Spivac se avanzó de manera importante en los estudios sobre la subalternidad tanto en los campos disciplinarios, como en el de las representaciones sociales, problematizando la propia participación de las y los investigadores. Más allá de las limitaciones formales del postcolonialismo como concepto, se coincide en que en todas las sociedades postcoloniales de alguna manera prevalecen elementos que las mantienen sujetas a diversas formas de dominación.

En México y en América Latina algunos de los principales elementos del dominio colonial que prevalecen como prácticas sociales neocoloniales son la división sociocultural de oportunidades, diversas estructuraciones racistas o divisiones raciales, lingüísticas o religiosas que reproducen un trato desigual, como ocurre con los pueblos indios. De esta manera, el postcolonialismo se expresa como un proceso continuo y complejo de resistencia y reconstrucción (*op. cit.*).

El postcolonialismo no sólo refiere a una suerte de oposición y resistencia automática e inmodificable frente a los poderes coloniales, sino a una serie de vínculos y articulaciones económicas, sociales y culturales, sin los cuales los procesos no pueden ser comprendidos adecuadamente, pues son procesos complejos y ambivalentes que se incorporan a las prácticas sociales.

Los postcolonialistas enfatizan los temas centrales que definen su campo de preocupaciones, donde destacan el esclavismo, la migración, la supresión de los otros y de las otras, la resistencia a la colonización, las formas de construcción y las representaciones de las diferencias, la raza, las construcciones étnicas, las relaciones de género o las respuestas a las influencias de los grandes discursos de la Europa imperial (*op. cit.*).

A partir de las aportaciones de la Escuela de Estudios Culturales de Birmingham, el campo de los estudios culturales incorporó nuevos acercamientos interpretativos, considerando las articulaciones entre lo dominante, lo residual, lo arcaico, lo emergente y lo cotidiano (Raymond Williams). Así mismo, cuestionaron las perspectivas lineales que consideraban la superioridad de lo moderno frente a lo tradicional o de lo dominante sobre lo subalterno (Valenzuela, 2003).

Las perspectivas culturales críticas a los discursos dominantes construyen puentes desde los cuales la multiculturalidad no es considerada sólo como un campo de adscripción social (de pertenencia o de referencia), sino también se ponderan sus relaciones con las identidades políticas y en la medida en que se busca trabajar desde los contextos intra y extra institucionales, los estudios culturales no se disocian de la intervención social y política.

La discusión cultural incorporó la deconstrucción de los discursos de la dominación y desde los estudios culturales reconstruyeron las historias de los procesos sociopolíticos y las confrontaciones de clase social. Para ellos, como argumenta E. P. Thompson, el concepto de clase social no sólo obedece a una situación definida por el papel ocupado dentro del proceso productivo y las formas de relación con los medios masivos de producción, sino que también corresponde a una categoría sociohistórica. En este proceso, las relaciones entre las clases sociales producen instituciones, cultura y mutaciones que les otorgan especificidades, pero también permiten la realización de comparaciones transnacionales (*op. cit.*).

Los estudios culturales ponderaron algunos temas como ámbitos de expresión y de articulación de los nuevos procesos sociales, entre los cuales destacan los de cultura, ideología, lenguaje, lo simbólico y el poder. De esta manera, más que temas para el análisis, se busca construir teorías generales que articulen críticamente diferentes dominios de la vida. Por lo tanto, se debe analizar a la sociedad desde las articulaciones entre teoría, política, aspectos económicos e ideológicos y prácticas sociopolíticas.

También se presenta un claro interés en analizar las articulaciones socioculturales, como campo de conexiones donde elementos diversos conforman "unidades" en contextos específicos. Las articulaciones aluden a la producción de unidades a partir de elementos fragmentados mediante prácticas significadas por las identificaciones colectivas. Desde esta perspectiva, interesa avanzar en el análisis de los procesos producidos por la articulación de diferencias culturales (Stuart Hall) (*op. cit.*).

Los estudios culturales no sólo se construyen desde perspectivas disciplinarias, sino que asumen perspectivas transdisciplinarias y, en algunas ocasiones, antidisciplinarias con un importante interés por comprender los procesos histórico-sociales, no sólo desde las condiciones sedentarias, sino desde perspectivas nomádicas que dan cuenta de los procesos que definen las diásporas y migraciones contemporáneas, además de que implican descolocaciones, desplazamientos e hibridismo cultural. Desde estas perspectivas, la condición de frontera cultural adquiere nuevos significados o por lo menos nuevos énfasis. Las fronteras nacionales, más que simbolizar la ruptura de espacios de contención, expresa campos donde algo inicia; un más allá que sigue incorporando al otro lado de la frontera, como punto de inicio como elemento que le constituye y le complementa. Por ello, es importante trabajar con nuevos ámbitos identitarios, donde adquieren relevancia los intersticios (*in between*), que permiten elaborar estrategias particulares y comunitarias de identificación y de pertenencia, pues desde ellos se definen nuevos ámbitos identitarios y nuevos procesos de producción de lo social.

Los estudios de la cultura consideran aspectos como la *diversidad*, que es una categoría sociocultural de comparación (además de ser un sistema de reconocimiento de contenidos culturales y costumbres propias de un grupo social), y la *diferencia* (entendida como proceso de enunciación de una cultura, con lo cual ésta deviene conocible y adecuada a la creación de sistemas de identificación cultural), pero también la conformación de sistemas de significación, mediante los cuales se atribuyen sentidos y significados, acción que también incluye la (re)producción de prejuicios y estereotipos (Homi K. Bhabha) (*op. cit.*).

En ese sentido, Bhabha destaca que más allá de la diferencia de actitudes inscritas en los sistemas simbólicos de las diversas matrices culturales, importa analizar la estructura misma de la representación simbólica y, más que el contenido del símbolo y su función social, es importante conocer la estructura de la simbolización.



Algunas de las críticas más sugerentes al camino seguido por muchos de los continuadores de la tradición de la Escuela de Birmingham (que no a sus fundadores), enfatizan que se han dejado atrapar por una cierta condición textualista, donde el texto pareciera adquirir una condición autocontenida, olvidando sus articulaciones con los contextos sociales. Por ello, Fredric Jameson, enfatiza la necesidad de recuperar la teoría crítica de la cultura que viene de Marx, Freud, la Escuela de Frankfurt, Lukács, Sartre y el marxismo complejo, y propone replantear a los estudios culturales como marxismo culturalista y como crítica del capitalismo. Para lo cual, deben considerar las formaciones económico-políticas y sociales y destacar la importancia de las clases sociales (Jameson, 1998).

Estos planteamientos cobran relevancia frente a las perspectivas multiculturalistas que no consideran al sistema como una totalidad articulada, la cual se debe recuperar a niveles más amplios, pues el capitalismo posee una condición global “desde arriba”, especialmente en los sectores financiero, informático y comunicacional, lo cual constituye un reto apremiante para quienes no forman parte de esos circuitos de poder y sólo padecen los efectos de sus políticas globalizadas. Enfatizando la estructuración de los elementos culturales como prácticas materiales, los estudios culturales nos ayudan a pensar las prácticas ideológicas y culturales como parte de las relaciones materiales en su forma discursiva determinada y no como condición fija o inamovible.

Pensar a Iberoamérica desde sus juventudes

Las grandes manifestaciones que recorren el mundo con paso avasallante se inscriben en la exclusión y precarización de la población en contextos de enorme desigualdad social, situación que ha desatado la indignación de amplios sectores sociales entre los cuales las y los jóvenes poseen un papel protagónico. Tras el movimiento de los indignados se encuentra el quebranto de la esperanza conformada desde la perspectiva de futuro asociada al progreso y a un ahora cotidiano cargado de incertidumbre y aprehensiones. Millones de jóvenes enfrentan la incertidumbre y los efectos de una crisis ampliada que afecta sus condiciones de vida, sus expectativas de empleo, su acceso a prestaciones sociales, el decremento de su seguridad en contextos cada vez más violentos desde los cuales, de forma paradójica, se estereotipa y criminaliza a los jóvenes como si fueran ellos los causantes de la violencia y penurias económicas que vivimos.

Observamos escenarios con riesgos conformados por el alto crecimiento de la población joven en el mundo y su insoslayable presencia social que adquiere centralidad desde sus adscripciones identitarias, sus propuestas culturales y sus reclamos sociales. La mitad de la población del planeta tiene menos de 25 años y una quinta parte de ella es joven, cifra que remite a 1,200 millones de personas cuyas edades se encuentran entre 15 y 24 años y que llegará a 1,300 millones en las próximas dos décadas. Sin embargo, el paraguas conceptual que cobija a los jóvenes conlleva diferencias significativas, especialmente cuando ochenta y cuatro por ciento de ellos viven en países no desarrollados (CONAPO, 2010: 9-11), geoadscripción que presenta insoslayables desafíos debido a que sus grandes problemas no tienen resolución desde la condición juvenil, sino que se unen simbióticamente a las limitaciones de los proyectos nacionales y civilizatorios del mundo contemporáneo, especialmente cuando el modelo socioeconómico dominante conlleva lógicas orientadas a favorecer a unos cuantos a costa de la inmensa mayoría, ampliando las desigualdades sociales y generando múltiples ámbitos de exclusión, pobreza y precarización.

Entre los jóvenes, persisten marcadas diferencias en opciones y expectativas de vida a partir de regiones, países, clase, género adscripción étnica. Estos aspectos inciden en las bases objetivas que definen u obstaculizan sus posibilidades de desarrollar proyectos viables de vida. Junto a expresiones que construyen imaginarios juveniles desde posiciones retóricas que les confieren una condición privilegiada y cómoda caracterizada por una incontenible proclividad hedonista, se presenta una realidad abrumadora en la cual por lo menos 515 millones de jóvenes viven con menos de dos dólares al día y más de 40 por ciento lo hacen con menos de uno (*Ibíd.*: 16).

EUROAMERICANO

VIII CAMPUS DE COOPERACIÓN CULTURAL

En el actual escenario tardocapitalista destacan los problemas vinculados a la situación laboral de los jóvenes, quienes enfrentan graves problemas de desempleo, precarización e informalidad. La Organización Internacional del Trabajo (OIT) informa que entre 1997 y 2007, se presentó un incremento de 147 millones de jóvenes, pero sólo 25.3 millones se incorporaron al mercado laboral (*Ibid.*: 44). La población juvenil registra tasas de desempleo superiores a las existentes en otros rangos de edad de la población económicamente activa, pues constituye una quinta parte de la población mundial en edad de trabajar (24.7%) y representa 40.2 por ciento de los desempleados (*Ibid.*: 45). Complementando este escenario de precariedad, resulta adecuado apuntar que en el año 2005, 308.5 millones de jóvenes trabajadores (56% del total de jóvenes empleados), permanecían en la pobreza con ingresos inferiores a dos dólares diarios, condición que ilustra su especial situación de precariedad y vulnerabilidad. Documentando el empeoramiento de estos problemas, podemos señalar que en 2008, los jóvenes desempleados llegaron a 74.2 millones (*Ibid.*: 46-47). Por si lo anterior fuese insuficiente, los escenarios económicos se complican de manera abrumadora en los últimos meses y su impacto sobre el desempleo es sumamente grave, pues de acuerdo con información del Fondo Monetario Internacional, de septiembre de 2011, el desempleo en el mundo llegó a 200 millones de personas y representa el nivel más alto que ha existido en la historia.

Los jóvenes resienten el incremento de las condiciones de desempleo, precarización y vulnerabilidad laboral. La Organización Internacional del Trabajo calcula en 34 millones los empleos perdidos en el mundo entre 2007 y 2010, y estima que el 30 por ciento de ellos, (10.2 millones), corresponden a jóvenes de 15 a 24 años (OIT, 2010). Además, entre 2008 y 2009 aumentó en 8.5 millones el número de jóvenes que se encontraban desempleados, lo cual representa casi el doble del incremento de la tasa de desempleo de la población adulta (1.3 y 0.7) (CONAPO, 2010: 48). Para documentar este escenario, resulta relevante considerar un reporte de la Organización de Naciones Unidas, donde se informa que con la recesión económica de 2009 incrementó la tasa de desempleo juvenil en el mundo llegando a 81 millones en ese año, además de evidenciar fuertes inequidades asociadas a la condición juvenil, pues los jóvenes trabajan más horas que los adultos, ganan menos que ellos y carecen o poseen niveles muy bajos de seguridad social.

Considerando el escenario presentado, no sorprende constatar la existencia de un fuerte desencanto juvenil, sensación que emerge por las limitadas condiciones de vida de gran parte de las y los jóvenes del planeta, pues millones de jóvenes construyen sus rutinas cotidianas con zozobra y desesperanza, y muchos han salido a calles y plazas para expresar su inconformidad con el modelo económico dominante, generador de pobreza para muchos y de enormes riquezas para unos cuantos. En los últimos meses, el movimiento de los indignados ha identificado al neoliberalismo y sus beneficiarios (empresarios, políticos, financieros y especuladores) como *enemigos del pueblo* y responsables de la crisis.

El movimiento de ocupas e indignados apuesta por un orden global más democrático, transparente e incluyente basado en un modelo económico distinto, mucho más justo e igualitario; un modelo que atienda las necesidades de las grandes mayorías y que no esté subordinado a salvaguardar las inmorales riquezas del 1 por ciento. Como afirma Vandana Shiva, el objetivo es cambiar al G8 por el G7000, 000, expresión que prioriza a la totalidad del planeta precarizada por unos cuantos. El contexto global que subyace al movimiento de los indignados destaca la crisis económica y cuestiona las supuestas soluciones que sólo buscan proteger a los grandes capitales financieros. Aunque puede parecer prematuro o riesgoso tratar de definir rasgos únicos en estos movimientos articulados en una suerte de conectividad global, podemos identificar algunos de sus rasgos:

La mayoría de ellos identifica de manera directa a los causantes de la devastación que vivimos, entre quienes se encuentran políticos, empresarios, consorcios, banqueros, especuladores y altos jerarcas del clero, así como los medios masivos de comunicación en connivencia con el poder.

El movimiento de los indignados se encuentra protagonizado por actores y actrices juveniles. Jóvenes-mujeres que imaginan mejores escenarios globales y salen a luchar para construirlos. Pero no son los

EUROAMERICANO

VIII CAMPUS DE COOPERACIÓN CULTURAL

únicos, el mundo se ha contagiado de indignación e incorpora a obreras y obreros, algunos sindicatos, intelectuales, artistas, estudiantes, amas de casa, y una enorme cantidad de personas portadoras de experiencias y adscripciones sociales diversas.

En cada lugar adquieren relevancia demandas emanadas de los contextos locales, sin embargo, prevalecen posiciones que recorren el mundo y se escuchan en todo el planeta. Entre ellas se encuentra la necesidad de un cambio global, democracia para todos, empleos dignos, que los ricos paguen el costo de su crisis y que paguen impuestos, detener la destrucción del medio ambiente, pronunciamientos y movilizaciones contra la privatización de la educación y la seguridad social, respeto a los derechos humanos, contra la pobreza, contra la desigualdad, contra el neoliberalismo y contra el capital.

Frente a las posiciones antidemocráticas, verticales y excluyentes de la derecha y los modelos neoliberales, los indignados apuestan por estilos diferentes y prácticas opuestas a los métodos de clases y grupos dominantes. En calles y plazas infectadas de indignación se vive un movimiento radical que combate con métodos pacíficos, resiste los embates policiales y mediáticos, difunde y convoca mediante redes sociales que operan dispositivos electrónicos (como Internet, Twitter y Facebook), y acuerda en asambleas utilizando métodos democráticos, participativos y horizontales.

Desde finales de la década de los años noventa del ya lejano siglo XX, muchos jóvenes y activistas indignados con la desigualdad ampliada por el neoliberalismo y sus organismos representativos como el Grupo de los Ocho (G8), la Organización Mundial de Comercio (OMC), el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial (BM), emprendieron en Seattle una desigual lucha contra la globalización excluyente. El movimiento buscó de manera persistente y heroica que sus voces se escucharan y atendieran sus demandas, pero sólo recibieron represión e indolencia en los muchos escenarios donde trataron de colocar los temas de vida frente a la voracidad y la muerte ampliada. También destacaron las movilizaciones de jóvenes que cambiaron los escenarios sociales en los países árabes del norte de África, como Túnez, Egipto y Libia y Siria en Medio Oriente. En mayo de 2011, una nueva expresión de la indignación irrumpió en las plazas madrileñas cuando 10,000 jóvenes salieron a exigir empleo y mejores condiciones de vida. Ante un futuro incierto y oscurecido por el desempleo, la protesta chocó con la violencia policial en la Gran Vía, pero tomaron la puerta del Sol donde resistieron a pesar de la represión, propalando la indignación a Barcelona y a muchas otras ciudades. Las protestas se ampliaron a Portugal, Grecia, Irlanda, Estados Unidos... hasta llegar a 82 países y 951 ciudades en las movilizaciones de cientos de miles de personas en octubre de 2011. Al mismo tiempo, las y los jóvenes chilenos salieron a las calles y durante varios meses exigieron educación gratuita y de calidad, oponiéndose a la privatización de la educación, movimiento que despertó amplias simpatías entre la población de Chile.

Las consignas indignadas destacan el historial de agravios y frustraciones, así como opciones y alternativas que permiten vislumbrar horizontes cargados de futuro, apuestas civilizatorias más justas, incluyentes y respetuosas de la vida, de los derechos humanos y de la ecología, así como apuestas por un mundo menos desigual y más democrático: ¡DEMOCRACIA GLOBAL YA!, ¡UNIDAD POR UN CAMBIO GLOBAL! , ¡CONTRA EL CAPITAL, REVUELTA SOCIAL!, ¡PORQUE LA BANCA SIEMPRE GANA!, ¡DERECHOS HUMANOS PARA TODOS!, ¡LA BOLSA O LA VIDA!, ¡MANIFESTACIÓN GLOBAL CONTRA EL NEOLIBERALISMO!, ¡ESTO NO ES UNA RECESIÓN, ESTO ES UN ROBO!, ¡SI NO NOS DEJAN SOÑAR, NO OS DEJAREMOS DORMIR! ¡NO SOMOS MERCANCÍA!, ¡QUE LOS RICOS PAGUEN IMPUESTOS!, ¡NO PAGAREMOS TU CRISIS!, ¡CAMBIO Y ESPERANZA! ¡ME IMPORTAS!, ¡ESTAMOS HASTA LOS COJONES!

Como han destacado Noam Chomsky, Eduardo Galeano, Naomy Klein y otros intelectuales, los indignados representan un movimiento descentralizado global frente a quienes han generado una crisis sistémica en el mundo y un desastre humanitario. En un discurso pronunciado ante el movimiento de los Ocupa Wall Street, Naomy Klein destacó que ya no hay países ricos, sólo gente rica, afirmación



que enfatiza el brutal enriquecimiento de unos cuantos que lucran con la crisis y la miseria de la inmensa mayoría de la población del planeta.

El movimiento de los indignados es un punto de quiebre que apunta a la necesidad de un nuevo modelo económico global, nuevos proyectos nacionales, nuevos actores y actrices del proceso político y un nuevo proyecto civilizatorio. En esta empresa, las y los jóvenes tomaron la palabra, las plazas y los centros de poder financiero. Son ellos los más excluidos, los que resienten con mayor intensidad el peso del desempleo, la pobreza, la precariedad y la exclusión social. Los jóvenes son los grandes desplazados; no importa si lograron acumular credenciales educativas y concluyeron una carrera universitaria, pues los escenarios de incertidumbre limitan sus expectativas y generan ámbitos ampliados de frustración.

En México, el movimiento liderado por las y los jóvenes de #YoSoy132 recoloca planteamientos inerciales sobre los jóvenes mexicanos que afirman su condición apática frente a la política y los asuntos sociales. Por cerca de dos décadas se difundió la idea de la *generación de la hueva*, idea que aludía a una supuesta indolencia juvenil frente a los asuntos públicos. Sin embargo, las encuestas nacionales de la juventud (2000 y 2005), indicaban que las y los jóvenes mantenían sus distancias con la perspectiva tradicional de la política construida desde la relación Estado-sistema de partidos y ante sus ojos existía un profundo descrédito de la imagen del político, así como de las instituciones de procuración de justicia, incluidos jueces, magistrados y, sobre todo, policías y judiciales a quienes no diferenciaban de los narcotraficantes. No obstante, existía en ellos el interés de participar en asuntos ecológicos, de derechos humanos o indígenas, temas que permiten identificar una agenda temática de asuntos que convocan el interés juvenil. Lo anterior desmiente la supuesta apatía juvenil y visibiliza su hartazgo con la demagogia, la corrupción y la impostura de la política que ellos identifican en la oferta de los partidos. #YoSoy132 demuestra que a muchos jóvenes mexicanos les interesan los asuntos sociales y buscan nuevos referentes de definición de lo político asociado a un nuevo proyecto nacional más justo y equitativo, sin corrupción ni impunidad; un proyecto incluyente que favorezca a las mayorías y combata la inmoral desigualdad en la distribución del ingreso y la riqueza: un proyecto que castigue a las figuras autoritarias y criminales que utilizan la fuerza pública para reprimir, desaparecer o asesinar a los ciudadanos y revoque el mandato a funcionarios que no estén a la altura de las responsabilidades que se les confieren: un proyecto donde todas las voces tengan la oportunidad de ser escuchadas y acceso a los medios para ello, un proyecto donde los medios masivos de comunicación sirvan al fortalecimiento social y a la elevación del nivel cultural de la población; un proyecto donde educación y cultura asociados a educación empleo y sistemas de salud de alta calidad participen en la construcción de mejores proyectos de vida para las y los jóvenes y donde el desplazamiento no sea destino obligado. #YoSoy132, recuerda que requerimos un proyecto humanista justo, equitativo, incluyente y con un nuevo horizonte civilizatorio.

Por si la exclusión no fuera suficiente, el sentimiento de inseguridad crece con múltiples rostros. La población enfrenta políticas que limitan sus espacios de libertad, al tiempo que se familiariza con discursos que dan cuenta de las figuras amenazantes: Eje del mal, terrorismo, crimen organizado, narcotraficantes, ejército, policía. El miedo, la inseguridad y la violencia, incrementan su presencia en los imaginarios sociales latinoamericanos: esos marcos intersubjetivos que participan en la definición de los sentidos de la vida cotidiana. Con los imaginarios de miedo y violencia, los espacios sociales se atrincheran y saturan mediante dispositivos de seguridad, vigilancia privada y omnipresencia policiaco-militar.

Reconociendo la necesidad de realizar transformaciones urgentes en el sistema y la política educativa, sostengo que los grandes problemas del sistema educativo se inscriben en deficiencias y limitaciones del modelo socioeconómico y el modelo nacional dominante. De la misma manera, sostengo que los grandes problemas juveniles no tienen resolución desde la condición juvenil, sino que refieren a los grandes problemas concomitantes al actual proyecto nacional y civilizatorio.



Junto al escenario anterior, debemos reconocer que los llamados *Objetivos del Milenio* denotan fracasos fundamentales, especialmente en lo referente a la erradicación de la pobreza, el hambre, la igualdad de género y la sustentabilidad medioambiental. Empleo digno, educación universal de calidad, desarrollo para la mayoría, democracia, calidad de vida y secularización, son asuntos pendientes y los jóvenes resienten de manera particular la condición excluyente del proyecto neoliberal y el modelo civilizatorio dominante que genera proscripción, pobreza, concentración de riqueza, precarización, corrupción, impunidad y muerte.

Junto a las diversas formas de cultura legitimada, emergen múltiples formas culturales que se conforman en el barrio o en los espacios de socialización íntima con sus propias rutinas y significados. Los cambios derivados de la transformación de sociedades rurales a urbanas generan nuevas lógicas en la construcción sociocultural de los espacios y el barrio participa como ámbito de mediación entre los espacios públicos y privados. Es un ámbito intersticial que ha tenido gran importancia en la conformación de los sentidos de vida de los jóvenes, además de que participa como espacio estructurado y estructurante de relaciones de poder (Valenzuela, 1988 y 1997). El barrio es uno de los componentes importantes en la socialización secundaria de niños y jóvenes como ámbito donde definen y construyen códigos, sentidos, rutinas, estilos de vida y praxis culturales que significan sus vidas. El barrio participa de manera relevante en los procesos de socialización informal y de educación popular de las y los jóvenes, además de que incide en la definición de poderosas identidades e identificaciones que no pueden ser soslayadas por los sistemas educativos formales ni permanecer invisibles a los espacios intraescolares.

Los sistemas educativos tradicionales poco se preocupan por comprender los elementos que subyacen a los cuerpos significados a través del vestuario, tatuajes, perforaciones, escarificaciones, alteraciones, la disputa por la significación de los espacios mediante el graffiti, o los códigos barriales que definen la vida de los jóvenes, desatención que impulsa a prohibir, *vigilar* y *castigar*, mutilando procesos comunicativos que podrían ayudar a conocer las necesidades, reclamos, expectativas y esperanzas juveniles que les subyacen.

La pedagogía como praxis cultural alude a la articulación de los ámbitos intra y extraescolares definidos desde los contenidos educativos, los métodos de enseñanza y los paradigmas pedagógicos. Esta articulación también implica la reflexividad sobre el mundo social y los marcos éticos y axiológicos desde los cuales se construyen los sentidos y significados de vida de niños, niñas y jóvenes.

Coda

Iniciamos otro milenio con una población que supera los seis mil millones habitantes y con enormes diferencias sociales. Junto a la percepción de que el planeta es cada vez más pequeño, pues se incrementa la densidad de las relaciones socioculturales del mundo contemporáneo, se transparentan diversos desencuentros culturales donde prevalecen expresiones de rechazo e intolerancia, construidas desde posicionamientos marcados por el prejuicio, los estereotipos y el racismo.

Esta situación evidencia la importancia de avanzar en el estudio de los procesos de interculturalidad y la construcción de fronteras culturales como recurso para deconstruir los discursos que legitiman la exclusión sociocultural y apuestan a la reproducción de la desigualdad de oportunidades. Desde estas posiciones se recurre a perspectivas que estigmatizan la diferencia cultural con el objetivo de desacreditar a los otros y otras que mantienen formas culturales distintas.

Más allá del desafío académico que conlleva interpretar los significados de estos procesos interculturales, resulta necesario avanzar en la comprensión de los procesos sociales que (re)producen las diferencias entre los grupos humanos. Esta tarea es necesaria para conformar nuevos ámbitos de

EUROAMERICANO

VIII CAMPUS DE COOPERACIÓN CULTURAL

convivencia respetuosos de las diferencias culturales, donde la relación con los otros y las otras devengan puentes culturales enriquecedores y no espacios de desencuentro, conflicto o exclusión.

Las potencialidades que enmarcan el intenso desarrollo de los medios electrónicos y comunicativos, así como los que ocurren en los medios de transporte, acercan las miradas y vuelven conspicuas similitudes y diferencias culturales. Sobre esta base se puede avanzar en la deconstrucción de los discursos excluyentes que se asumen como “únicos” universales y cuestionar los elementos desde los cuales se validan las perspectivas autorreferidas y excluyentes. Los pueblos y los grupos sociales reclaman reconocimiento y espacios en la definición de los nuevos ámbitos abiertos por la globalización o, de manera más precisa, buscan otra forma de globalización definida desde una integración incluyente que mejore las condiciones de vida de las mayorías y en la que se respete la diversidad cultural.

La búsqueda del reconocimiento y respeto a la diversidad cultural ha adquirido un peso social insoslayable en el mundo contemporáneo, en el cual se incrementan los posicionamientos identitarios que enriquecen la compleja interculturalidad y han logrado fuerte presencia en las disputas conformadas desde los ámbitos religiosos, generacionales, de género, étnicos, de opción sexual, o biopolíticos. Las luchas por el respeto a la diferencia han adquirido insoslayable centralidad y nos obligan a discutir los sentidos de la interculturalidad que vivimos.

La preocupación por la forma como se definen las relaciones interculturales se expresa en múltiples niveles, desde los ámbitos globalizados, hasta las relaciones sociales que se expresan en los ámbitos cotidianos. En ellos, la lucha por el reconocimiento se manifiesta desde múltiples rostros. El reto es comprender que la diversidad enriquece la vida cultural. Esta idea ha sido adoptada por UNESCO, quien enfatizó el papel fecundo de la diversidad en el libro germinal *Informe Mundial sobre la Cultura, Diversidad cultural, conflicto y pluralismo* (UNESCO, 1999).² Frente a quienes opinan que la globalización produce inevitables escenarios unilineales de homogeneización cultural, resulta preciso destacar que, de manera simultánea, se observan fuertes procesos de fragmentación social y cultural. El reto se encuentra en hacer realidad el reconocimiento de la diversidad cultural y crear relaciones interculturales definidas desde el respeto mutuo.

Desafortunadamente, la desigualdad social y el irrespeto a las diferencias son prácticas comunes que, en muchos casos se vinculan con el incremento de la vulnerabilidad frente a la violación de los derechos humanos. Los más de 6,000 millones de habitantes del planeta conforman un conjunto multicultural que incluye a más de 300 millones de personas que pertenecen a las llamadas “poblaciones autóctonas” y a 5,000 culturas y lenguas diferentes (Rasmussen y Sjoerslev, 1999). Tan sólo en México, se reconocen 90 lenguas y 62 grupos étnicos y pueblos indios.

La diferenciación sociocultural como recurso de exclusión es particularmente evidente en lo referente a los pueblos indios y otros grupos étnicos o religiosos, así como en el caso de las mujeres, las cuales representan el 70 por ciento de los 1,300 millones de personas que viven en “la más absoluta pobreza” y apenas ocupan el 6 por ciento de los puestos ministeriales en el mundo y el 11 por ciento de los escaños parlamentarios, mientras que en 55 países ni siquiera pueden participar en la esfera pública (Halimi, 1999). Al mismo tiempo, el Fondo de Población de Naciones Unidas destaca la prevalencia de 929 millones de personas analfabetas, de las cuales 600 millones son mujeres y 329 millones son hombres. Además, debido a la denegación masiva de los derechos humanos, cada año mueren millones de personas, en su mayoría mujeres de los países pobres.³

De acuerdo con información del Banco Mundial, casi la mitad de la población mundial sobrevive con menos de dos dólares por día y una quinta parte lo hace con menos de un dólar (2,800 y 1,200 millones

² Posteriormente, los esfuerzos de la UNESCO han derivado en publicaciones como la *Declaración Universal sobre la Diversidad Cultural* (2002) y el informe *Invertir en la Diversidad Cultural y el Diálogo Intercultural* (2010).

³ Asimismo, al iniciar el siglo XXI cada año morían 585,000 mujeres por causas relacionadas con el embarazo, la mayoría de ellas son muertes que podrían evitarse (Sadik, 1999: 2).

EUROAMERICANO

VIII CAMPUS DE COOPERACIÓN CULTURAL

de habitantes). Además, en los países más pobres una quinta parte de los niños no llegan a los cinco años de edad y la mitad de ellos sufren de malnutrición. Este cuadro de la pobreza en el mundo se complementa al considerar que entre 1987 y 1998 la cantidad de personas que vivieron con menos de un dólar diario se mantuvo casi constante (1, 832,2 y 1, 198,9 millones), mientras que en América Latina y el Caribe, esta población creció en términos absolutos y relativos, pasando de 63.7 millones (15.3 por ciento), a 78.2 millones (15.6 por ciento) (Banco Mundial, 2000).

Al mismo tiempo, crece la desigualdad entre los países pobres y los ricos, duplicándose la diferencia de ingresos entre ambos grupos en las últimas cuatro décadas. En este contexto cobra sentido la consideración del propio Banco Mundial al señalar que “la pobreza no es solo un problema de falta de ingreso o de desarrollo humano: pobreza es también vulnerabilidad e incapacidad de hacerse oír, falta de poder y de representación” (*Ibid.*: 14). Sin embargo, el complemento de la aseveración también es correcto y podemos afirmar que la riqueza se ha visto acompañada por la depredación de recursos de los más débiles, incapacidad para escuchar, abuso de poder y posiciones autorreferidas.

No obstante los discursos a favor de la paz y de “la tolerancia”, la violación de los derechos humanos, la intolerancia y los conflictos mantienen una fuerte presencia en el mundo. Amnistía Internacional identifica por lo menos diez guerras internacionales y veinticinco guerras civiles, mientras que los países que se asumen como adalides de la paz y conforman el Consejo de Seguridad de la Organización de Naciones Unidas (Estados Unidos, Rusia, China, Francia e Inglaterra), son los cinco principales exportadores de armas en el mundo (Amnistía Internacional, 2000) También destaca procesos preocupantes de incremento de la represión, la pobreza la desigualdad, la vulnerabilidad social y la impunidad, registrando cerca de 630 “matanzas” por parte de fuerzas gubernamentales (*op. cit.*).

La comprensión de los procesos socioculturales requieren de perspectivas que rompan con las visiones autorreferidas que han prevalecido en los discursos dominantes. Al mismo tiempo, resulta necesario entender los procesos de estructuración de relaciones interculturales de desigualdad definidas mediante procesos institucionales determinados desde los universos simbólicos dominantes. Por ello, la disputa cultural es una disputa política. A continuación se presentan algunos de los elementos que han determinado las características de las confrontaciones culturales desde los elementos ponderados por algunas perspectivas teóricas sobre la cultura que han enfatizado las relaciones interculturales o multiculturales.

En la medida en que las luchas por el reconocimiento son luchas políticas que se insertan en relaciones estructuradas de poder y que se despliegan en los ámbitos públicos y simbólicos donde se definen las representaciones sociales, la lucha por el reconocimiento de las diferencias culturales y por relaciones interculturales de respeto se coloca en el centro de la lucha por la democratización de nuestras sociedades. Como parte de este proceso, se observa una importante culturalización de la participación política y un incremento en la disputa conformada con el objetivo de construir proyectos de sociedad más incluyentes y menos injustos.

Conforme se cuestiona la existencia de una sola cultura como referencia de todas las demás, la discusión cultural se ha orientado de manera importante hacia la deconstrucción de los campos de poder desde los cuales se legitima la cultura dominante. Desde estas premisas, se cuestiona la superioridad de las culturas dominantes y el papel subordinado de las llamadas minorías culturales, al mismo tiempo que se ponderan los elementos que participan en la conformación de las identidades sociales, atendiendo a la conformación de umbrales semantizados de adscripción/diferenciación.

Reconociendo la heterogeneidad de posiciones que participan en la discusión sobre la formación de los sentidos y significados sociales, podemos destacar propuestas que entienden la resistencia cultural como un elemento central para la conformación de escenarios sociales más incluyentes. Por ello, uno de los ejes del debate cultural se conforma desde la disputa por las representaciones y los significados sociales, escenario donde ha resultado conspicua la lucha de las mujeres, los jóvenes, los pueblos



indios o los grupos religiosos. De manera conjunta con el debate sobre las relaciones interculturales y el multiculturalismo, han adquirido relevancia los debates sobre las identidades sociales y la construcción social de las diferencias.

Uno de los retos centrales para comprender los cambios culturales en el mundo, consiste en trabajar desde los intersticios culturales de tal forma que las fronteras devenguen puentes enriquecedores y no se mantengan como trincheras de la exclusión, la intolerancia, el racismo, el sexismo y el desencuentro.

Sin lugar a dudas uno de los procesos sociales que participa de manera determinante en la conformación de ámbitos interculturales y transfronterizos, es la migración. Ésta, posee gran relevancia en la dinámica intercultural contemporánea, definida a través de conceptos como diáspora, desterritorialización/reterritorialización, comunidades transnacionales, redes migratorias y otros conceptos desde los cuales se busca captar la condición humana que subyace a las transformaciones y recreaciones culturales que definen el sentido de la vida de millones de seres humanos en el mundo. En muchas ocasiones, estas personas sufren tratos vejatorios y se violan sus derechos humanos, o encuentran la muerte en el intento, como ha ocurrido con 7,000 o 10,000 personas que han fallecido al intentar cruzar la frontera entre México y Estados Unidos desde el inicio de la *Operación Guardián* en 1994.

El incremento de la brecha de desigualdad entre países ricos y pobres también participa en la conformación de los escenarios que definen las características de los procesos migratorios. Si tomamos en cuenta que en los primeros 25 años del siglo XXI la población mundial se incrementará en 2,000 millones de personas de las cuales 97 por ciento corresponderán a estas naciones pobres, podemos considerar que la migración adquirirá mayor importancia que la que posee en los contextos actuales.

En la actualidad, pensar a América Latina desde la dimensión sociocultural y económica, requiere considerar a los latinoamericanos de afuera. Concepto geopolítico que no logra romper la condición de muchos de esos latinoamericanos de afuera que en realidad no dejan de estar adentro. De acuerdo con estimaciones censales estadounidenses y a diversas proyecciones sobre población, para mediados del presente siglo, la población latina en Estados Unidos será entre 25 y 30 por ciento de la población total, llegando a cerca de 130 millones (convirtiéndose en mayoría absoluta en algunos estados como California). Esta cantidad es superior a la población estimada de mexicanos que vivirán en México en 2050.

La información proporcionada por la Oficina del Censo estadounidense en 2008, consideraba 46.7 millones de hispanos con documentos y más de 12 millones de indocumentados. Esta realidad es relevante si consideramos que de las 581 982 052 personas que en 2009 residen en los 30 países latinoamericanos, los latinos que viven en Estados Unidos, superan a la población de la gran mayoría de ellos, excepto Brasil y México y muy cerca de Colombia. Esta condición es importante para la definición de políticas culturales desde América Latina, especialmente si consideramos que dos terceras partes de los latinos en Estados Unidos prefieren hablar en español. Lo anterior nos obliga a pensar que el diseño de grandes estrategias de política cultural para América Latina requiere atender a esta población que mantiene fuertes vínculos con los lugares de origen propiciados por los intensos procesos migratorios, el desarrollo de los medios de transporte y de los medios masivos de comunicación y electrónicos, como Internet, que propician nuevas maneras de estar juntos.

El peso económico adquirido por los migrantes, en muchos casos les confiere cierto empoderamiento en los lugares de origen mediante las remesas, las cuales poseen sentidos personales o familiares, y en muchos casos en los lugares de origen, se utilizan para obra pública, la compra de instrumentos para la banda del pueblo, la construcción de una escuela o un hospital y muchas otras opciones. Además, existen formas variadas de recreación y reterritorialización cultural de prácticas tradicionales en los lugares de destino, como ocurre con las varias guelaguetzas oaxaqueñas en California.

EUROAMERICANO

VIII CAMPUS DE COOPERACIÓN CULTURAL

Los vínculos culturales más fuertes se recrean a través de la música, las fiestas, las efemérides, las telenovelas, las tradiciones. Los nuevos senderos de las hormigas latinoamericanas son más densos y creativos, además, demandan que los Estados vean en sus migrantes algo más que una válvula de escape o divisas redituables vía remesas. Es importante romper el fetichismo de las remesas y entender que la base que posibilita los flujos de dinero norte-sur, son los entramados socioafectivos y las redes de relaciones humanas entrañables que son las que posibilitan que las remesas sean tan importantes en las diversas economías latinoamericanas (Valenzuela, 2010: 266-267).

Los debates recientes sobre diversidad e interacciones culturales se inscriben en los asuntos no resueltos desde la multi e interculturalidad. Efectivamente, las discusiones del multiculturalismo tuvieron importante impacto en hacer visible procesos de deconstrucción de discursos y narrativas dominantes, especialmente en lo referente a exigir el respeto de las diferencias culturales, mientras que las apuestas interculturalistas atendían los consensos y elementos comunes como ejes de mejores formas de relación sociocultural. En ambos casos, las condiciones productoras y reproductoras de la desigualdad social quedan desdibujadas, poseen expresiones marginales o periféricas o, simplemente son ignoradas.

Resulta fundamental incorporar la relación entre exclusión social y cultural como elementos inscritos en un modelo capitalista global que produce y reproduce pobreza, desigualdad, precarización y exclusión social, así como la prevalencia de prejuicios, estigmas, estereotipos y racismo como elementos presentes en la (re)producción de la desigualdad y la exclusión sociocultural. Ese es el desafío implícito en la lucha por reconocer el enorme valor de nuestra diversidad cultural.



Bibliografía

Almazán, Sofía, 2010, "Niños de la calle sin futuro", *Periódico Síntesis*, sección Nacional, Puebla, Puebla, 1 de enero de 2010, en <http://periodicosintesis.com.mx/noticias/54359/Ninos-de-la-calle-sin-futuro>, consultado el 7 de septiembre de 2011.

Amnistía Internacional, 2000, *Informe 2000. El olvido está lleno de memoria*, Madrid, Amistía Internacional.

Ashcroft, Bill, Gareth Griffiths y Helen Tiffin, 1995, edits., *The Post-Colonial Studies Reader*, Nueva York, Routledge.

Avilés, Karina, 2011, "En situación de pobreza, 83.5% de los niños mexicanos, asegura Coneval", *La Jornada*, sección Sociedad y Justicia, México, D.F., 8 de septiembre de 2011, p. 44.

Banco Mundial, 2000, *Informe sobre el desarrollo mundial 2000/2001. Lucha contra la pobreza. Panorama General*, Washington, D. C., Banco Mundial.

CEPAL, 2008, *Juventud y cohesión social en Iberoamérica. Un modelo para armar*, Santiago de Chile, Chile, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL).

_____, 2010, *Panorama social de América Latina*, Santiago de Chile, Chile, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL).

CONAPO, 2010, *Diagnóstico mundial de la juventud*, México, D.F., Consejo Nacional de Población (CONAPO).

De la O, María Eugenia y Nora E. Medina, 2012, "Ser joven en la frontera norte de México: biografía de un adolescente", *Desacatos*, México, D.F., CIESAS, núm. 38, enero-abril, pp. 181-190.

Halimi, Gisèle, 1999, "Yo no vendo pan sino levadura", en *Informe sobre la Cultura*, UNESCO.

Jamenson, Fredic, 1998, "Sobre los Estudios Culturales", en Fredric Jameson y Slavoj Zizek, *Estudios Culturales. Reflexiones sobre el Multiculturalismo*, Barcelona, Paidós, pp. 69-136.

Leela Gandhi, 1998, *Postcolonial Theory: A Critical Introduction*, Nueva York, Columbia University Press.

Martínez, San Juana, 2011, "Mil 400 niños asesinados en la guerra al narco; desinterés oficial frente a la tragedia", *La Jornada*, sección Política, México, D.F., 9 de octubre de 2011.

McLaren, Peter, 1998, "White Terror and Oppositional Agency: Towards a Critical Multiculturalism", en David Goldberg, edit., *Multiculturalism. A Critical Reader*, Malden, Massachusetts, Blackwell, pp. 45-74.

OCDE, 2011, *Panorama de la Educación 2011. Nota de país México*, París, Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE).

OIT, 2010, *Global Employment Trends 2010*, Ginebra, Suiza, Organización Internacional del Trabajo (OIT).

Rasmussen, Henriette e I. Sjoerslev, 1999, "Cultura y derechos de las poblaciones autóctonas", en *Informe Mundial de la Cultura*, UNESCO, pp. 85-92.

Sadik, Nafis, 1999, *The State of World Population 1999. 6 Billion. A Time for Choices*, Nueva York, United Nations Population Fund.



Salazar, Alonso, 1993, *No nacimos pa'semilla. La cultura de las bandas juveniles en Medellín*, Medellín, Colombia, CINEP.

Spivac, Gayatri, 1988, "Can the Subaltern Speak?", en Cary Nelson y Lawrence Grossberg, edits., *Marxism and the Interpretation of Culture*, Champaign, Illinois, University of Illinois Press, pp. 271-313.

Taylor, Charles, 1998, "The Politics of Recognition", en David Goldberg, edit., *Multiculturalism. A Critical Reader*, Malden, Massachusetts, Blackwell, pp. 75-106.

Tomlinson, John, 2001, *Globalización y cultura*, México, D.F., Oxford.

UNESCO, 1999, *Informe Mundial sobre la Cultura. Diversidad cultural, conflicto y pluralismo*, UNESCO.

_____, 2002, *Declaración Universal sobre la Diversidad Cultural*, Johannesburgo, Sudáfrica, UNESCO.

_____, 2010, *Invertir en la Diversidad Cultural y el Diálogo Intercultural*, París, UNESCO.

Valdez, Javier, 2011, *Los morros del narco: historias reales de niños y jóvenes en el narcotráfico mexicano*, México, D.F., Aguilar.

Valenzuela, José Manuel, 1988, ¡A la brava ese!, Tijuana, Baja California, El Colegio de la Frontera Norte.

_____, 1997, *El Color de las Sombras. Chicanos, Identidad y Racismo*, México, D.F., El Colegio de la Frontera Norte/Universidad Iberoamericana/Editorial Plaza y Valdés.

_____, 2003, "Introducción", en José Manuel Valenzuela, coord., *Los Estudios Culturales en México*, México, D.F., Fondo de Cultura Económica, pp. 15-33.

_____, 2009, *El futuro ya fue. Socioantropología de I@s jóvenes en la modernidad*, México, D.F., El Colegio de la Frontera Norte/Casa Juan Pablos.

_____, 2010, "Imaginarios y políticas culturales en América Latina", en Arturo Guerrero, *Las huellas de las hormigas. Políticas culturales en América Latina*, México, D.F., El Colegio de la Frontera Norte/Convenio Andrés Bello/Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo, pp. 263-273.

Las opiniones manifestadas en este documento son responsabilidad de su autor, no reflejando necesariamente la opinión de las entidades organizadoras del VIII Campus, titulares de los derechos de reproducción, comunicación y distribución pública. Para una reproducción de los contenidos, solicitar autorización previa a info@campuseuroamericano.org.